

## Acerca del lugar del archivo en la historiografía contemporánea

Fernando J. Devoto<sup>1</sup>

### Resumen

Se trata de un artículo sobre la relación de los historiadores con el archivo. Parte de la premisa de que cada vez más cultores del pasado entre anticuarios e historiadores valorizan yacimientos nuevos o inexplorados. La llamada era memorial, conservar, preservar, hacerlo hoy aquí ahora, no dejar que el tiempo decante, ese afán memorializador se vincula indisolublemente con otro: la expansión del patrimonio, desde la noción misma. Y ello lleva a un juego complejo de retóricas y de intereses, que dilatan enormemente los bienes patrimonializables. Todo puede ser recuperado, salvado del olvido. La memoria y el olvido. ¿Cuánta, cuál? Discutimos menos sobre ello en afán de conservar indiscriminadamente. La multiplicación de soportes también lo hace posible. ¿Todo ello enriquece a la historia? no estoy seguro, creo que expande a la anticuaria, al coleccionismo. Si la curiosidad contemplativa era el material de la anticuaria, bien podría argumentarse que esta se ha extendido de aquellos que llamábamos despectivamente eruditos, o incluso anticuarios, a muchos entre aquellos que hacen hoy historia profesionalmente. Empero, desprovisto de todo principio de

significación (salvo la significación subjetiva), de jerarquización o de priorización, todo puede ser de utilidad para unos o para otros, hoy o mañana o pasado mañana. ¿Cuánto de ello es un resultado no deseado de la profesionalización y de la forma en que se delinean hoy las carreras académicas? A veces parecería que, aunque no haya nada para decir, igual hay que decirlo... Y, sin embargo, con relación a la historia y al archivo, yo diría que ambos requieren, antes que cualquier otra cosa, el placer, la felicidad de hacer esa tarea. Y digo ambos porque puede haber archivo sin historia e historia sin archivo. Y esa felicidad que está en el comienzo, esa aproximación que es siempre en primer lugar de un individuo concreto a una tarea concreta no es reemplazada por ninguna otra justificación. Las justificaciones corresponden a los usos, la alegría a la experiencia insustituible. ¿Suficiente para dedicar a ella una vida? Cada uno tendrá su respuesta.

**Palabras clave:** Archivos, historiografía, hisotriadores, memoria.

<sup>1</sup> Este texto retorna con modificaciones y adiciones una conferencia pronunciada en la Universidad Nacional de Mar del Plata en las *XV Jornadas de Historia Política: «Archivos, métodos y perspectivas»*, organizadas por el Gimsspam en octubre 2018. Agradezco a María L. Da Orden, Nicolás Quiroga y Julio Melón la invitación a participar en las Jornadas. Los fragmentos que proceden de otros idiomas y que están incluidos en el artículo han sido traducidos al castellano por el autor y ello ha sido indicado en el texto (t.a.).

Se puede empezar desde muchos lugares: elijamos uno al azar, el conocido *Diccionario de autoridades*, publicado entre 1726 y 1739 y que constituye el primer repertorio lexicográfico realizado por la Real Academia Española. Busquemos la palabra *archivo*:

Lugar público donde se guardan los papéles è instrumentos originales, en que se contienen los deréchos del Príncipe y particuláres, dándoles mayór fé y autoridad la circunstáncia del lugar. Por exceléncia se entiende el de Simancas por ser el público del Réino.<sup>2</sup>

Más articulada y abarcadora la definición de poco posterior, 1751, en la *Encyclopédie ou Dictionnaire raisonné des sciences et des arts*, dirigida por Diderot y d'Alembert y que debemos a la pluma de un jurista, François-Vincent Toussaint

Archivos, se dice de los antiguos títulos o cartas que contienen los derechos, pretensiones, privilegios y prerrogativas de una casa, una villa, un reino. Se dice también del lugar en el que se guardan esos títulos o cartas. La palabra viene del latín arca, cofre, o del griego archaion, y sirve para designar la misma cosa: uno encuentra en algunos autores, archarium. Se dice también de los archivos de un colegio, de un monasterio. Los archivos de los romanos estaban conservados en el templo de Saturno y los de Francia lo están en la cámara de cuentas.<sup>3</sup>

Aquí al archivo, definido como el lugar de conservación de lo público, se pueden agregar otras instituciones, eclesiásticas en primer lugar, que guardan también restos de un pasado, de su propio pasado. Y ciertamente no sería innecesario recordar que, como observó André Chastel («La notion de patrimoine»), tanto la monarquía absoluta como la iglesia atribuían una enorme importancia a la tangibilidad del poder y, en este sentido, el archivo bien podía entrar dentro de los dispositivos patrimoniales (Chastel, 1986).

Más allá de todo ello, sin embargo, estaban también los museos, a comenzar por el emblemático Ashmolean, inaugurado en Oxford en 1683 y que, como la misma *Encyclopédie* señalaba, en la voz *Musée* reunía: una «colección considerable de curiosidades» entre las cuales «un gran número de jeroglíficos y otras curiosidades egipcias [...] una momia entera, un gabinete de historia natural [...] y diversas antigüedades romanas como altares, medallas, lámparas, etc. En la entrada del Museo se lee la siguiente inscripción. “Museum Ashmoleanum, Schola naturalis historiae, officina chimica”». <sup>4</sup> Y todavía había que agregar los Gabinetes de Antigüedades y los Wunderkammeren o «cuartos de maravilla», que incluían otras curiosidades o rarezas.

Empero, todo esto era la parte visible de un proceso mucho más vasto al que contribuían extensamente desde los dos siglos anteriores, aunque, desde luego, el tipo de personaje procede de mucho antes, ya que es una actividad casi inherente a sociedades estructuradas (incluidas las antiguas) una legión de coleccionistas privados, eruditos de distinto tipo, espíritus curiosos, esforzados copistas o bibliófilos. Como observaba d'Alembert, de nuevo en la *Encyclopédie*, «más el mundo envejece, más la materia de la erudición aumenta y en consecuencia tiene que haber más eruditos, como tiene que haber más fortunas si hay más dinero». Todo tenía para él, ya entonces, algo de excesivo, como lo indicaría en otro lugar de la obra: al escribir la curiosa voz *Bibliomanie* encontraba incomprensible ese furor de tener y acumular libros, más allá de aquellos que refiriesen a los «grandes hombres» que eran lamentablemente pocos. La realidad era que

2 *Diccionario de autoridades*, tomo I (1726). Disponible en <<http://web.frl.es/DA.html>>

3 Diderot, Denis y Le Rond d'Alembert, Jean (eds.), *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, etc.*, tomo I, p. 619. Disponible en: <<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k50533b/fi.image.texteImage>>. Encyclopédie Project (Autumn 2017 Edition), Robert Morrissey and Glenn Roe (eds.). Chicago: University of Chicago. Disponible en: <<http://encyclopedia.uchicago.edu/>>. La traducción es mía.

4 *Encyclopédie...*, cit., 10, p. 894. La traducción es mía.

Tanta gente mediocre, tantos tontos incluso han escrito que uno puede en general mirar una gran colección de libros del género que fuera como una colección de memorias que sirven para la historia de la ceguera y la locura de los hombres. Uno podría poner encima de todas las grandes bibliotecas esta inscripción filosófica: las pequeñas casas del espíritu humano. Se sigue de ello que el amor de los libros cuando no está guiado por la filosofía o por un espíritu esclarecido es una de las pasiones más ridículas.<sup>5</sup>

A su modo le hacía eco Voltaire, en la voz *Histoire* del mismo *Diccionario*, con unas reflexiones que nos invitan a las peligrosas analogías: «el arte de la imprenta y la restauración de las ciencias han hecho que lo que antes era indigencia de papeles hubiese en su siglo derivado en lo contrario al punto que «uno está abrumado de minucias»; y «un hombre que quiere instruirse está obligado a mantenerse cerca del hilo de los grandes acontecimientos y descartar todos los pequeños hechos particulares que se le cruzan».<sup>6</sup>

Así, ya desde ese siglo XVIII encontramos las quejas acerca del desborde de los restos del pasado, aunado a la noción tanto de una historia que debe reducirse a la de los grandes hombres, como a la conciencia del peligro que implica lo que luego se llamará la proliferación de hechos que arruinan las bellas teorías... Desde luego debe remarcarse que, más allá del interés erudito de las almas bellas, el archivo no preserva restos del pasado, ni solo ni principalmente para placer de estas, sino, como las definiciones indicadas muestran bien, para garantizar derechos o alegaciones.

En cualquier caso, esa multiplicación de restos del pasado que señalaban d'Alembert y Voltaire crecía, si observado de modo muy esquemático, por aquellos dos andariveles paralelos enunciados: público o institucional, uno; y privado, el otro. Claro está, la administración y la justicia iban por el primero; y los coleccionistas y las familias por los segundos. Es evidente también que ese proceso, si permanecemos por un momento en el ámbito público, impone una observación obvia: a medida que el estado extiende sus funciones, sus tareas, sus controles, por sí o asumiendo aquellas funciones desempeñadas por otras instituciones fuera de su órbita (por ejemplo, aquellas en manos de las autoridades eclesiásticas), los papeles que genera también aumentan. Finalmente, como anotó con otros propósitos bien diferentes Carl Schmitt (1987: 52), una forma de identificación del Estado total en el que se da la imbricación plena con la sociedad civil es un Estado administrativo y para nuestros propósitos ello implicaría una suma «total» de papeles. Ello podía proveer y proveyó un abundante material para la imaginación, gótica o alegórica. Veamos uno de ellos:

es conveniente comenzar sabiendo donde se encuentran instalados y cómo funcionan los archivos y los ficheros. Están divididos, estructural o básicamente, o si queremos usar palabras simples, obedeciendo a la ley de la naturaleza, en dos grandes áreas: la de los archivos y ficheros de los muertos y la de los archivos y ficheros de los vivos [...] uno de los subdirectores, en infeliz hora, tuvo la ocurrencia de proponer que la organización del archivo de los muertos se hiciera al contrario, al fondo los remotos, más acá los de fecha fresca, [...] Creció con este episodio la negligencia, prosperó el abandono, se multiplicó la incertidumbre, hasta el punto de que un día desapareció en las laberínticas catacumbas del archivo de los muertos un investigador que, meses después de la absurda propuesta, se presentó en la Conservaduría General para llevara a cabo unas pesquisas heráldicas que le habían encomendado. Fue descubierto casi por milagro al cabo de una semana, hambriento, sediento, exhausto, delirante, superviviente sólo gracias al recurso desesperado de ingerir grandes cantidades de papeles viejos [...]. El jefe de la Conservaduría General, que ya había pedido que el trajeran a su mesa la ficha y el expediente del imprudente historiador para darlo por muerto, decidió hacer la vista gorda ante los estragos, oficialmente atribuidos a los ratones, firmando después una

5 *Encyclopédie...*, cit., 2 p. 228. La traducción es mía.

6 *Ibidem*, 8, pp. 222-225. La traducción es mía.

orden interna que determinaba, bajo pena de multa y suspensión de salario, la obligatoriedad del uso del hilo de Ariadna (una sogá en el cajón como luego sabremos) para quien tuviera que ir al archivo de los muertos

Se trata, como alguno habrá reconocido ya, de un fragmento de la novela de José Saramago, *Todos los nombres*.<sup>7</sup> Hay allí muchas cosas, lo que el mismo Saramago llamó en una entrevista la imagen de una «burocracia absoluta», de la que todo parece depender, incluso la misma existencia, ya que la vida o la muerte serían solo la vida y la muerte en tanto exista una ficha en un registro civil, la incesante acumulación de papeles sin fin, la recreación de un orden que como tal es siempre arbitrario y, finalmente, allá en el fondo, donde nadie está interesado en ir, el anticuario ya que no el historiador.

Cierto, el proceso acumulativo en los archivos que el estado moderno generó no fue lineal ni homogéneo. En cuanto a los privados, por razones tanto crematísticas como generacionales, ya que no todas las generaciones tratan de conservar los objetos que acumularon las precedentes, así como no todas las personas conservan los papeles de una tradición familiar que es, como puede postularse, la primera forma de la historia o mejor la primera aproximación de cada persona a una imagen de la temporalidad y a una narrativa histórica. Con relación a los archivos públicos, ellos estarán sometidos ante todo a los cambios en las percepciones de los pasados que los mudables grupos dirigentes conservan. Pongamos un ejemplo temprano: ya durante la Revolución Francesa furios iconoclastas bajo la forma de lo que algunos llamaron, a partir del abate Grégoire, vandalismo, buscaban cancelar las trazas de un pasado (y de un estado), tanto porque recordaba la opresión sufrida como porque sus protagonistas querían concebirse como parte de un proceso que era un nuevo comienzo, un punto cero. Como recordaba la ley del 7 de Mesidor del año II (25 de junio de 1794) —analizada por Dominique Poulot, en su libro *Musée, nation, patrimoine*—, y a la que algunos han considerado como fundadora de los archivos nacionales franceses:

... dado que las estatuas de los tiranos se han derrumbado, dado que la lima y la tijera no ahorran ninguno de los emblemas de la monarquía y de la feudalidad, los republicanos no pueden ver más que con indignación, en las colecciones de manuscritos, las trazas de tantos ultrajes a la dignidad del hombre.<sup>8</sup>

Sin embargo, si el primer impulso era tirar a las llamas todos esos papeles, argumenta la misma ley, surge un segundo momento que impone la necesidad de una reflexión (de «un examen severo») que no hiera la justicia, la fortuna pública, las operaciones administrativas, sino también preserve «los intereses de la ciencia y la filosofía».

En esa ambivalencia están contenidos, en sede ideal, los fundamentos ideológicos de la tensión implícita entre el impulso de destrucción y el de conservación de documentos por parte del estado moderno y, se podría agregar, de sus implicancias públicas, fuesen ellas deliberadas o involuntarias, entre la voluntad de memoria y olvido, de una cierta memoria y de un cierto olvido.

En cierto modo, la novedad del proceso que afectó a muchos estados europeos entre fines del siglo XVIII y principios del siglo XIX fue la ruptura entre producción-conservación y uso de los documentos, aspectos hasta entonces estrechamente vinculados en los estados de antiguo régimen. Esa ruptura implicaba varias cosas: una era la de la publicidad de los archivos, otra la de ser no ya solamente el lugar de la administración del reino poblado por burócratas sino también el lugar de conservación del pasado, estudiado por los historiadores. Como señalaba Gioacchino Murat al crear un Archivio Generale en Nápoles en 1808 (lo recordaba Isabella Zanni Rosiello en su *Archivi e Memoria storica*), se

7 Saramago, J. (1998). *Todos los nombres*. Buenos Aires: Alfaguara, pp. 15-16.

8 Poulot, P. (1997). *Musée, nation, patrimoine*. París: Gallimard, pp. 140-141. La traducción es mía.

buscaba «hacer útil su uso no solo a los distintos ramos de la administración pública sino a la historia y la diplomática del reino».<sup>9</sup>

Empero, no se trataba solamente de que junto al funcionario apareciera ahora el erudito/historiador, sino que, junto a ellos y vinculado a la conservación, emerge en algunos lugares una figura profesional especializada en catalogar y preservar los documentos. En Francia ella nacerá con la *École des Chartes* de 1821. Por otra parte, si pensadas más allá de las dimensiones burocráticas, técnicas o documentales, el archivo contiene silenciosamente un diseño, un orden o una imposición de una memoria cultural en o a una comunidad. Como recordaba por su parte Jacques Derrida en su *Mal d'archive* la palabra griega *arché* remite tanto al origen o principio de las cosas como al orden, el mando y la autoridad que de allí emanan.<sup>10</sup>

Con todo, si en el archivo están contenidos los dilemas de un orden que, puede emblematizar tanto un poder como una racionalidad burocrática, no es innecesario recordar que estos corresponden al momento en que son formulados o postulados y están también sometidos a la usura del tiempo y a los cambios en objetivos, orientaciones e instrumentos de los sucesivos creadores o manipuladores. De estar así las cosas, el archivo no propone un orden sino una suma de órdenes superpuestos, a la manera de capas geológicas que considerados en conjunto son inarmónicos y aun caóticos, aún en aquellos casos en los que las competencias profesionales y la continuidad tecnocrática, en alguna forma de reproducción de hábitos y prácticas, logra atenuar pero no suprimir las discontinuidades. Y, sin embargo, pese a todo ello, el archivo puede ser invocado como fuente de un orden y de una legitimidad, incluso claro está por los historiadores, solo que la misma es mucho más efímera de lo que suele argumentarse.

Va de suyo por ello que no puede postularse aquí tampoco ninguna uniformidad de principios ni de resultados sino una heterogeneidad vinculada con las lógicas, los saberes y las prácticas en cada Estado nacional y dentro de él. Así, si la narrativa de Saramago podía reposar sobre la imagen de una antigua burocracia (de la que él mismo fue miembro), el *Leviathán* de Antonio Hespanha que sobrevivía incólume en la sombra de la dictadura republicana de los profesores salazaristas de Coimbra y, en el caso francés, en un aún más robusto estado de Antiguo Régimen que iba a prolongarse con nuevos criterios, tal vez, en la Francia sucesiva hasta nuestros días, otros casos mostrarían imágenes contrastantes en las que el resultado difícilmente pueda vincularse con ningún diseño —o mejor no interactúe con ningún diseño— sino que resulte mucho más el producto de la contingencia, el caso, el azar. La Argentina podría ser un ideal tipo de un mundo que perdura por mucho tiempo más con lógicas estatales y cuyas clases dirigentes no postulan con fuerza el lugar legitimador del pasado y cuyos amanuenses carecen de toda versación en la materia. Escuchemos a Juan Álvarez, más de un siglo después de la Ley de Mesidor. En 1910 en la introducción del su extraordinario *Ensayo sobre la Historia de Santa Fe*:

No disponemos de archivos completos [...] Tan poca importancia se ha atribuido a la materia, que en los últimos tiempos cantidad de documentos (240 cajones de un metro cúbico cada uno) se deterioraron en la Aduana de Buenos Aires como mercancías olvidadas y, en el archivo de Santa Fe, es fama que los papeles viejos sirvieron más de una vez para liar el tabaco que fumaban las tropas acuarteladas en momentos de revolución. En 1893 hicieron con ellos parapeetos.<sup>11</sup>

Y no sería buena excusa decir que se trataba de Santa Fe y de períodos turbulentos... He aquí otro ejemplo algo anterior recuperado por Graciela Swiderski en su historia del Archivo General de la Nación (AGN) de la Argentina: Agustín Pardo, empleado del AGN que había reemplazado en el cargo

9 Zanni Rosiello, I. (1987). *Archivi e Memoria storica*. Bologna: Il Mulino, pp. 26-27.

10 Derrida, J. (1996). *Mal d'archive: un'impressione freudiana*. Nápoles: Filema.

11 Álvarez, J. (1910). *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*. Buenos Aires: Malena, p. 10.

de director a alguien no más especializado, aunque más célebre, Carlos Guido Spano, señalaba en 1895 al Ministro de Justicia de Instrucción Pública que:

... soldados de un batallón de línea allí acuartelados habían perpetrado el robo de cuarenta (40) y más cajones cuyo contenido vendieron en mercados y almacenes de la capital para envolver mercaderías. Se trataba de un material que estaba depositado en la Aduana y no había podido ser trasladado por ausencia de espacio físico en el Archivo, ubicado cerca de donde hoy está el Ministerio de Obras Públicas (Swiderski, 2015).

El episodio no debió suscitar escándalo ya que finalmente solo siete investigadores habían visitado el Archivo en 1895...

No se trataba pues de criterios ideológicos, políticos o administrativos que deslindaban lo que conservar y no conservar en estas tierras australes, era la pura contingencia. Y desde luego que los sucesivos criterios de clasificación no seguían patrones internacionalmente reconocidos de ordenamiento del material, al menos hasta la gestión de Roberto Etchepareborda en tiempos de Frondizi.

Llegados a este punto, bien puede afirmarse que el archivo habla ante todo de sus productores, sean el Estado o particulares y desde allí de un estado o una sociedad que, en términos genéricos y por ello imprecisos, establece un tipo de relación inestable con su pasado, con propósitos antes que memoriales, patrimoniales, con instrumentos que aunque reflejen un mayor o menor interés hacia la preservación, encuentran límites y obstáculos de muchos tipos: de recursos humanos, de recursos presupuestarios, de voluntad política. Finalmente, el archivo, sea público o privado, como producto real concreto, como un ahí, no concierne ni al futuro sobre el que declama ni al pasado que dice venerar o necesitar sino a una serie de sucesivos presentes, en los cuales su destino se resuelve en un juego siempre cambiante de necesidades, prioridades y alternativas.

## 2.

En ese lugar, que es como cualquier otro para las personas corrientes no dadas a imaginar en vetustos edificios panópticos disciplinadores o memoriales, hemos visto merodear a unos personajes que concitan nuestra atención. Concentrémonos en dos tipos: anticuarios e historiadores. La distinción ha sido establecida por muchos, bajo esos u otros nombres, pero retengamos aquí las dos genealogías ya canónicas construidas por Arnaldo Momigliano, en su célebre «Ancient History and the Antiquarian» (1950). Una procedía de Tucídides o de Polibio, la otra de Hippias el mayor o de Varrón: una atenta a recoger y ordenar materiales del pasado, la otra a extraer lecciones de él. Los segundos, un Polibio, por ejemplo, despreciaban a los primeros por lo que consideraban un trabajo inútil. Más benévolo, Cicerón («De Oratore»), distinguía en ellos dos actitudes y desde ellas los llamaba *Curiosi e ingeniosi*. La historiografía moderna, desde Voltaire y pasando por buena parte de los historiadores del siglo XIX y del XX (no todos), los utilizó y los subalternizó. Hoy Carlo Ginzburg, entre otros y en polémica con el historicismo pero también con el relativismo, intenta empujar la nave de la anticuaría, sobre todo a partir de la contraposición entre aproximaciones morfológicas (las de la anticuaría) y cronológicas (la de los historiadores), una contraposición que bien podría integrarse en una genealogía que procediese de Friedrich Wolff y de su idea de que la anticuaría estudiaría las cosas en su ser, mientras que los historiadores lo harían en su devenir. Esas y otras distinciones son posibles y nunca olvidemos que son delimitaciones tan opcionales como instrumentales. Quisiera detenerme, sin embargo, en la que dio el mismo Momigliano, para quien la distinción fue por otra parte también inestable, en las Sather Lectures pronunciadas en la Universidad de Berkeley en el curso de 1961-1962 (The Classical Foundations of Modern Historiography) y editadas póstumas:

A lo largo de mi vida he estado fascinado por un tipo de hombre tan cercano a mi profesión, tan transparente y sincero en su vocación, tan entendible en su entusiasmo y sin embargo tan profundamente misterioso en sus últimos propósitos: un tipo de hombre interesado en los hechos históricos sin estar interesado en la historia.<sup>12</sup>

Curiosidad por el pasado era la divisa del anticuario, curiosidad sin más y en este sentido, si los anticuarios necesitasen una justificación filosófica que ellos mismos no buscarían, bien podría proveérselas Michael Oakeshott, con su idea de que el estudio del pasado no tiene ninguna utilidad para el presente, porque no solo es radicalmente distinto de él sino porque no tiene conexiones significativas con este.<sup>13</sup> Desde luego, ese linaje de anticuarios bien podía incluir nombres como el del holandés Athanasius Kircher o el del italiano Ludovico Antonio Muratori o entre nosotros el Pietro de Angelis, que había tomado como modelo para sus *Colecciones de obras y documentos relativos a la historia Antigua y Moderna de las Provincias del Río de la Plata*, que comenzó a editar en 1835 (y que tan bien estudió Josefa Sabor [1995]), las *Rerum Italicarum scriptores* o las *Antiquitates Italicorum* de Muratori. Y por mucho que se haya insistido plausiblemente en los intereses económicos que estaban detrás de la empresa del napolitano, de vender a suscriptores fascículos con copias de documentos antiguos, no es menos plausible que en ello había además desde una auténtica curiosidad a una vanidad intelectual y a una búsqueda de prestigio. ¿Nosotros mismos no hemos encontrado a los anticuarios en los archivos y bibliotecas haciendo sus búsquedas? ¿Y no hemos sido partícipes nosotros también de jóvenes o aún hoy de la voluntad de coleccionismo? Figuritas, muñecas, revistas, discos de vinilo y tantas cosas más. Todo sea dicho para señalar que el anticuario bajo distintos ropajes, erudito, coleccionista, numismático, heraldista, genealogista, es un poblador natural del archivo. Como lo son también los copistas, esas figuras que tienen una venerable tradición detrás de sí, aunque, sin lugar a duda, hayan proliferado en los últimos tiempos.

Se dirá que el historiador el otro poblador natural del archivo. ¿Lo es? Desde luego que desde que se dio la convergencia entre filósofos de la historia y eruditos y nació el historiador moderno, debería ser así, pero no antes. Antes, Voltaire o Montesquieu no se mojaban los dedos, aunque el primero tenía clara noción de que se podía obtener certidumbres solamente desde los testimonios. Empero, en ese plano, no debería olvidarse que desde el mundo antiguo hasta el siglo XVIII la naturaleza fiduciaria del testimonio ocular tenía la prioridad por sobre la naturaleza indiciaria del documento, por retomar la elegante formulación de Roger Chartier<sup>14</sup> y así lo es todavía en el caso del mismo Voltaire, que insiste reiteradamente en el texto de la *Enciclopedia* sobre la fiabilidad que da la multiplicidad de testimonios oculares. Criterio que aplica a lo que es válido y lo que no en Heródoto. Empero, después de la consolidación de la historiografía moderna y del valor probatorio atribuido a los documentos, de la capacidad polémica que tenían los «hechos» de allí extraídos y del uso y abuso que se hizo de ella o, en fin, de la idea más convencional de que solamente se podían agregar nuevos conocimientos sobre el pasado si se desenterraban de esos yacimientos de huellas o restos que eran los archivos, ese imaginario lugar de todos los *arcana imperii*, mayores, menores y aún minúsculos, no podía haber historiadores sin archivos. Y, sin embargo, sí los hubo, ya que dos dualidades pueden aquí indicarse: una entre historiadores de archivos e historiadores de bibliotecas, entendido aquí como lugar de libros, aunque pudiese serlo de manuscritos y otras fuentes primarias (fórmula que prefiero a aquellas más obvia, y no siempre exacta, de historiadores que trabajan con fuentes primarias y aquellos que lo hacen con secundarias).

12 Momigliano, A. (1992). *Le radiche classiche della storiografia moderna (Sather Classical Lectures)*. Florencia: Sansoni, p. 59.

13 Oakeshott, M. (2013). «Tres ensayos sobre la historia», en *Sobre la historia y otros ensayos*. Buenos Aires: Katz Editores.

14 Chartier, R. (2007). *La historia y la lectura del tiempo*. Barcelona: Gedisa, p. 34.

La otra, entre aquellos historiadores para los cuales el archivo fue una parte de su vida intelectual, en general la primera, y aquellos que, en cambio, han hecho del archivo (entendido en un sentido tan amplio como se quiera) algo perpetuamente inherente a su ejercicio del *métier*. Y para señalar que esa distinción puede aplicarse a los pequeños historiadores, pero también a los grandes puede ser suficiente un ejemplo: el de Marc Bloch y Lucien Febvre. Mientras el primero fue siempre alguien que vinculó el oficio con el archivo (aunque claro está no todos sus libros provenían de él) y reflexionó admirablemente sobre este en su *Apología por la Historia*, Lucien Febvre, tras las investigaciones juveniles vinculadas al Franco Condado, no volvió ya casi a los archivos, aunque sí a las bibliotecas. Y desde allí, desde un fichero con más desorden del que uno imaginaría, rumió y combinó, en cambio, con inteligencia admirable, un vasto conjunto de fuentes escritas. Él mismo lo reconoció en una carta a Bloch de mayo de 1936 hablando de las diferentes perspectivas que cada uno utilizaba a la hora de evaluar un trabajo:

Fundamentalmente usted es en tanto que historiador más «erudito» que yo. Quiero decir más sensible a ciertas cualidades técnicas en un artículo, en una memoria —y a la importancia de ciertos aportes de hechos—. Eso viene simplemente sin duda de que vuestra actividad primera fue la de medievalista.<sup>15</sup>

Si la primera parte de su carta da claramente en el blanco, la segunda es bien más discutible, ya que no necesariamente una época histórica o un registro temático orientan más o menos hacia el archivo. Aunque superficialmente pudiera parecer, por ejemplo, que la historia de las ideas orienta más hacia la biblioteca y la historia política hacia el archivo, creo que las cosas no son necesariamente así. Como, en este punto, la tradición italiana muestra mejor que cualquier otra, es bastante ilusorio pensar, cómo algunos parecen creer por estas latitudes, que se puede hacer una biografía intelectual sin archivo. Y aquí baste recordar, aunque sea solamente a Wilhelm Dilthey, que, aunque pasase por filósofo, no dejó de escribir brillantes biografías intelectuales, apoyadas sólidamente en una miríada de fuentes primarias.

Quizás más que en el género o el período la diferencia pueda buscarse en otro lugar (y lamento hacer aquí una intrusión con una perspectiva tan poco racionalizable). ¿Por qué no buscar las diferencias en el temperamento o si no se quiere emplear esa palabra busquemos otra: el placer? Anthony Grafton, en su bello libro sobre los orígenes de la nota a pie de página, argumentó, quizás excesivamente, que el lugar del archivo no difiere tanto entre antes de la revolución historiográfica de comienzos del siglo XIX y después de ella, sino que lo que cambia es el disfrute que genera su práctica. En apoyo citó el caso de Leopold von Ranke y quizás ese caso nos sirva para proponer una pequeña galería de historiadores y su «situación» en el archivo y la diferente imagen que de esa experiencia nos da cada uno de ellos. Comencemos pues con Ranke, con dos ejemplos extraídos de su correspondencia que han sido rescatados por Grafton. El primero en Viena, en 1827:

Después de las tres me dirijo al archivo. Hammer aún está ahí, absorto en sus asuntos otomanos, lo mismo que un tal sr. Von Bucholtz que aspira a escribir una historia de Fernando I. Es una cancillería completa. Cuando uno llega, le esperan sus plumas, limas, tijeras, etc, así como un escritorio ya dispuesto. Por lo general oscurece a hora temprana y me resulta muy agradable escuchar la exclamación del supervisor «A liecht» (una luz). Al instante el dependiente trae dos para cada persona que trabaja ahí (Grafton, 1998: 32 y ss.).

Y volvamos a escucharlo en el verano de 1829, en Roma:

Las tardes y noches frescas y silenciosas son un verdadero placer. El Corso [la vía] está atestado hasta la medianoche. Los cafés están abiertos hasta las dos o tres de la mañana y el teatro no cierra antes de la una y media. Entonces uno va a cenar. Yo no, claro está. Me apresuro a irme a la cama porque quiero estar en el Palazzo Barberini a las siete de la mañana siguiente. Utilizo un cuarto que pertenece al bibliotecario que recibe la tramontana: allí están

15 Lucien Febvre a Marc Bloch, 10/5/1936, en Bloch, M. y Febvre, L. (2004). *Correspondance*, tomo II. París: Fayard.

amontonados mis manuscritos [...]. Con cuanta rapidez se pasa el día de estudios (Grafton, 1998: 32 y ss.).

¿No rezuman estos párrafos placer, felicidad? Ciertamente, con los años y el éxito Ranke pudo dedicar menos tiempos a los archivos y lo sustituyeron muchos copistas suyos pagados por instituciones estatales, pero ¿habrá olvidado aquellos momentos felices?

Detengámonos en otro ejemplo, Benedetto Croce, del cual la mayoría de su archivo personal o ha sido publicado (la correspondencia) o ha sido volcado en internet, por ejemplo, sus *Taccuini di Lavoro*, esas minuciosas, aunque cablegráficas, anotaciones que Croce hacía todos los días para dejar constancia (supongo que ante todo ante sí mismo) de lo que había hecho. Croce, una persona más de bibliotecas que de archivos. Veámoslo en Ginebra en 1932:

3 de febrero

Dormí mucho pese al cambio de tren. Llegamos a Ginebra a las 7.30. Paseo por la ciudad. De las 9 a las 12 en Biblioteca para ver las cartas de la Iglesia y la colonia italiana en Ginebra y allí de nuevo de las 1 a las 18 y a la noche de las 20.30 a las 22. Visitamos alguna librería anticuaria y compramos libros. A la noche a las 22.30 en el Hotel Suiza, cerca de la estación.

4 de febrero

Mucho sueño hasta las 8 luego como de costumbre, todo el día en biblioteca e incluso a la noche. Compra de libros sobre cosas calvinistas y ginebrinas.

5 de febrero

A mañana en la biblioteca hasta las 12. Luego paseo por la Ginebra de la Sociedad de las Naciones. Luego una vuelta por la vieja Ginebra de Galeazzo Caracciolo.

Veámoslo ahora en Turín y luego París en mayo del mismo 1932:

3 de mayo

La mañana en biblioteca, luego a ver libreros, posteriormente en casa, preparativos para el viaje. A las 15 hs. parto para París.

4 de mayo

En la estación me espera Flora [Florencio]. Fui hasta el hotel Louvois. Tomé un baño caliente y me recompuse. A las 9 en biblioteca y ahí permanecí hasta las 18 hs. Omitido el almuerzo porque luego del viaje me quedó una cierta inapetencia. Vi gran parte de lo que quería ver de manuscritos y libros en relación con el Conde de Campobasso. Vino Venturi a buscarme a la Biblioteca. La noche la pasé con Flora.

5 de mayo

Día de la Ascensión. Biblioteca y Archivo cerrados. Aproveché el reposo para rehacer teniendo en cuenta las cosas vistas ayer en Biblioteca la nota académica sobre Angelo Catone que mandé a Nápoles a Nicolini [Fausto] por medio de Flora para que la impriman. Almuerzo con Venturi. Vino a buscarme el joven doctor [Umberto] Segre. Paseo con Flora y luego con [Aldo] Garosci que está aquí, prófugo.

6 de mayo

A la mañana trabajé en reordenar los apuntes sobre G.C. Pascoli. Vino a verme Ginzburg. De las 9 a las 13.30 en biblioteca.<sup>16</sup>

Ciertamente, el estilo telegráfico no ayuda, pero se percibe mucho más la idea de la obligación, del deber, de la voluntad, que la sensación de felicidad rankeana. Un esfuerzo cotidiano por cumplir con los requerimientos de la vida de un intelectual. Libros, libros y más libros ritman los días de uno de los mayores eruditos del 900, y apenas queda un poco de tiempo para ver italianos, exiliados o casi (y

16 Croce, B. (1987). *Taccuini di Lavoro (1927-1936)*. Nápoles: Arte Tipografica, pp. 295-296 y 310-311. La traducción es mía.

todos antifascistas). A veces también aparece un Karl Vossler en Berlín o un Thomas Mann. Empero son pequeños espacios en una vida dedicada al trabajo. Por otra parte, ¿cuál era el lugar del archivo en Benedetto Croce? Como emerge también de las anotaciones de Carlo de Frede, a partir del estudio de las relaciones de Croce con el archivo de Nápoles, era el lugar donde realizar investigaciones sobre cuestiones puntuales, donde verificar detalles, donde completar lugares faltantes (De Frede, 1988, 11: 985-1027). El archivo no era para el espacio de la novedad, no era el lugar de la creación sino el de la verificación. En cierta medida esa ambigüedad era hija de un escepticismo que, si no frenaba su voluntad, sí relativizaba las conquistas que se podían obtener de los innumerables datos disponibles sobre el pasado. Como recordó, siendo el joven en la década del ochenta del siglo XIX le planteó el problema a su maestro Antonio Labriola:

... viendo pasar bajo mis ojos cotidianamente tantos libros nuevos, le preguntaba, non sin desconcierto, como muchos solían afirmar de «estar al corriente», y como se hacía para estar informado con seguridad sobre todo cuanto se viene pensando y escribiendo en el campo de los estudios, -Labriola contestó: «No te aflijas» Que son en el fondo los libros? El discurso de los otros. ¿Podrías seriamente proponerte escuchar todo lo que la gente dice en todas las cinco partes del mundo? Escucha lo que puedas y hazlo tú mismo (Croce, 1996: 1475).

Veamos un tercer caso que nos introduce en otra tipología. El argentino José Torre Revello. Este no tenía ninguna formación sistemática ni recursos familiares. Habiendo comenzado como canillita y teniendo apenas la primaria incompleta pudo ingresar como empleado en la Biblioteca de la Facultad de Filosofía y Letras y desde allí, diligente como era, logró comenzar una carrera que, aunque enmarcada en una tensión con el interés por la pintura, lo llevaría de la mano de Luis María Torres, primero, y de Emilio Ravignani, después, a ser sucesivamente empleado de la sección Historia y corrector de pruebas, a Sevilla, al Archivo de Indias como copista, lugar en el que permanecería durante más de quince años. Como muchos saben no terminaría como copista, sino como un reconocido historiador. Posibilidades de la ubérrima argentina: de canillita a Profesor Titular o a miembro de la Academia Nacional de Historia. ¿Porque no?, era un enorme trabajador. Rescatemos no su propio testimonio (aunque escribió unas memorias) sino el de un contertulio que compartió con el parte de la estada sevillana.<sup>17</sup>

Debió ser a mediados o a fines de julio de ese año de 1920, debido tal vez a los terribles calores de aquel año, sufrió un choque de tal naturaleza que repetidas veces, mientras trabajábamos en el Archivo nos pidió que le acompañáramos un rato fuera del recinto [...] Según dijeron los facultativos había sido un ataque de astenia cerebral [...] Aún en los días ordinarios, después de pasar ocho a diez horas en el Archivo, no bien volvía a su hospedaje se ponía a pintar y, en los días de vacaciones, lejos de tomarse un descanso era la pintura que alternaba en algunas épocas con la composición de sus propios escritos (Furlong, 1968: 46).

Desde luego, no tenía formación y quizás tampoco tenía talento, pero sí le sobraba voluntad de trabajo. Y, finalmente, ¿es necesaria otra cosa para la práctica de la profesión?

Todavía propongamos otro retrato, más contemporáneo. Vayamos a París, quizás 1988, una historiadora, Arlette Farge («La atracción del archivo»), brinda otra imagen de la experiencia en el archivo. Un archivo que reúne varios archivos judiciales y que en el retrato parece corresponder a la Biblioteca del Arsenal, pero quien sabe, nunca estaremos seguros, quizás sea menos ese lugar que una construcción ideal construida con retazos de diferentes archivos, un archivo que es foucaultianamente un singular, no plurales. Escuchemos a Farge:

17 Ginzburg, C. (2016). «I benandanti cinquant'anni dopo», conferencia dictada en ocasión de recibir el Doctorado Honoris causa en la Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 22 de noviembre.

El edificio es majestuoso, la escalera de piedra absolutamente cómoda, anchos peldaños ajustados al ritmo de la ascensión y una suave baranda acabada en una falsa bola de cristal excesivamente inclinada hacia la derecha. En el rellano el busto de un desconocido: el nombre grabado debajo no le da más información [...] Una vez atravesado el último paso, una bocanada de color le informa: acaba de entrar en una sala de lectura.

El puesto número 1 es, con mucho, el mejor de la sala, próximo al elevado crucero, está bien iluminado, ningún vecino a la izquierda, el pasillo de comunicación invita al espacio al dejar que el codo flote tranquilamente [...]. Todas las mañanas a las 10, al menos dos personas han decidido que ese es su lugar. Así se crea permanentemente una pequeña guerra, muda, invisible pero tozuda [...] De hecho nadie puede imaginarse que se trata de un combate implacable y de que un buen puesto en una sala de archivo es uno de los bienes más preciados que pueden existir.<sup>18</sup>

Un archivo, los archivos, primera diferencia. Un archivo que es ante todo él mismo un objeto de indagación, una segunda diferencia: del contenido al continente. ¿Un lugar a su modo de despliegue de micropoderes o apenas un pequeño torneo de rivalidades, de pequeños privilegios y de narcisismos no explicitados? ¿Una metáfora del archivo o del mundo académico? Hay en todo ello, una tersa escritura y una estética. ¿Hay también placer? No estaríamos seguros, y de haberlo no es el chispeante de Ranke: ¿hay el croceano deber ser? Tampoco, necesariamente. Hay una señal de los tiempos, al menos de los franceses, desde luego, y un retrato de una historiografía que hace de la sofisticación un lugar a cultivar y de la ausencia de interpretación una señal de tiempos fatigados. En cualquier caso, ¿un punto de llegada?

Y, sin embargo, hay allí también algo más. La idea de que el archivo es el lugar en el que es posible dialogar de algún modo con el pasado. De que el archivo no contiene la verdad, señal de la declinación de la ingenuidad del archivo lugar de la copia, la mimesis o la glosa, pero que a su modo habla de la verdad. Y aquí hay un eco del Michelet del «Prefacio» a la *Historia de Francia* de 1869, y su idea de que allí en el archivo se hacen audibles las voces de los muertos. El antiguo lirismo romántico.

También hay otra antigua ilusión: la del descubrimiento revelador. Oigamos a Carlo Ginzburg, recordando una antigua experiencia en Venecia de sus primeras épocas, aquellas de su tesis sobre «I benandanti» cincuenta años después:

A la mañana andaba al archivo y utilizando un inventario manuscrito que indicaba en términos vagos el contenido de los procesos —herejía, magia, etc.— pedía tres legajos: digamos 8, 25, 63 (retrospectivamente hablé de «ruleta veneciana»). Me movía a tientas porque tenía la impresión de haberme quedado sin una hipótesis que guiase mi investigación. Una mañana encontré en un legajo un documento de pocas páginas: el interrogatorio fechado 1591 de un boyero de Latisana, Menichino. Alguien lo había denunciado al inquisidor porque era un «benandante» (un término que no había jamás encontrado) Lo leí pero por la emoción no logré transcribirlo; salí del archivo y comencé a caminar incesantemente a lo largo del costado de la Iglesia dei Frari, fumando un cigarrillo después de otro (recuerdo este dato de por sí irrelevante porque, habiendo entrado a formar parte entretanto de la vasta tribu de exfumadores, mido la distancia de mí mismo desde entonces). Pensaba que la fortuna me había regalado un gran descubrimiento.<sup>19</sup>

Nuevamente la entonación romántica, y el archivo como el lugar del descubrimiento maravilloso, una formulación quizás demasiado obvia pero reveladora. ¿Lo excepcional que con un poco de imaginación podemos pensar como normal, según el oxímoron de Edoardo Grendi?

18 Farge, A. (1991). *La atracción del archivo*. Valencia: Alfons El Magnánim, p. 20.

19 Ginzburg, cit.

Y, sin embargo, ese recuerdo que se conserva como momento feliz medio siglo después no es necesariamente el único posible. También el archivo puede ser recordado con los años como el lugar de las promesas no cumplidas, de ambiciones desmedidas acerca de un papel en la labor del historiador que no podía satisfacer. Así lo percibía desde sus *Memorias* Juan A. Oddone que tantas estancias había pasado en archivos europeos como parte de misiones de investigación por encargo o no que casi sugieren una contraposición entre el archivo y la vida:

En Sevilla no perdí mi silla. Acatando la comisión de Ravnani acudí al Archivo de Indias, copié folios y me congelé las piernas mientras descifraba la grafía de unos borrosos documentos sobre el comercio colonial con el Río de la Plata en el siglo XVIII. No mucha tarea y no demasiado excitante. Si en cambio me inicié gozosamente como espectador de la zarzuela.<sup>20</sup>

Y, más adelante todavía, ahora comisionado junto a Blanca París para trabajar sobre todo en archivos italianos, como parte de un proyecto sobre inmigración dirigido por Gino Germani y José Luis Romero:

Aprendimos sobre la marcha algunas cosas que a la distancia ya no nos resultan tan importantes. Buscar, seleccionar y copiar documentos nos parecía entonces una meta capital y era, además, el cometido que se nos había asignado; pero tal vez nosotros lo sobrevalorábamos.<sup>21</sup>

Para concluir ahora en relación con indagaciones realizadas por su propia cuenta en el Public Record Office: «una vez más pude comprobar que era más excitante la búsqueda que los resultados».<sup>22</sup>

El archivo como ilusión y desilusión, como obligación y como imposibilidad. ¿Finalmente hay algo allí que no esté antes de algún modo ya en nosotros, en nuestras preguntas o en nuestras vivencias? Las respuestas serán muchas y contrastantes.

### 3

¿Y el hoy? Algunos pocos apuntes. Quizás podríamos comenzar con una frase paradójica de Charles Peguy, recordada por Francois Hartog: «La historia antigua se hace porque no hay documentos, la historia moderna no se hace porque hay» muchos) (2005: 216 y ss.).

La abundancia, el exceso como problema. Volvemos a D'Alembert, pero con el problema multiplicado. Unos pocos datos, entre 1945 y 1995, recuperados por Hartog: la masa de documentos en Francia creció cinco veces y para entonces alcanzaba a tres mil kilómetros lineales de archivos. ¿Veinte años después? ¿Cinco mil? No tiene importancia, es un orden de magnitud alucinante. ¿Por qué?

Cada vez más cultores del pasado entre anticuarios e historiadores valorizan yacimientos nuevos o inexplorados, al compás de una historia que ahora sí aspira a ser total. ¿Llamaríamos a esto inflación de demanda? Como sea los archivos tienen que abastecer a los cultores de Clío.

Agreguemos algunas cuestiones: la llamada era memorial, conservar, preservar, hacerlo hoy aquí ahora, no dejar que el tiempo decante. Ese afán memorializador se vincula indisolublemente con otro: la expansión del patrimonio, desde la noción misma. Y ello lleva a un juego complejo de retóricas y de intereses, que dilatan enormemente los bienes patrimonializables. Esos bienes semióforos, de los que hablaba hace un tiempo Kristof Pomian (1999: 206-229). Todo puede ser recuperado, salvado del olvido. La memoria y el olvido. ¿Cuánta, cuál? Discutimos menos sobre ello en afán de conservarla indiscriminadamente. La multiplicación de soportes también lo hace posible.

20 Oddone, J. A. (2012). *Mirando atrás. Historia y memoria*. Montevideo: Tradinco, p. 105.

21 *Ibidem*, p. 132.

22 *Ibidem*, p. 191.

¿Todo ello enriquece a la historia? No estoy seguro, creo que expande a la anticuaria, al coleccionismo. Si la curiosidad contemplativa era el material de la anticuaria, bien podría argumentarse que esta se ha extendido de aquellos que llamábamos despectivamente eruditos, o incluso anticuarios, a muchos entre aquellos que hacen hoy historia profesionalmente. Ayudan a recuperar nuevos materiales, a salvar nuevos maderos perdidos de un naufragio (según la expresión de Francis Bacon), al avance general del conocimiento.<sup>23</sup> Empero, desprovisto de todo principio de significación (salvo la significación subjetiva, o sea que es de interés para mí), de jerarquización o de priorización, todo puede ser de utilidad para unos o para otros, hoy o mañana o pasado mañana. ¿Cuánto ello es un resultado no deseado de la profesionalización y de la forma en que se delinearán hoy las carreras académicas? A veces parecería qué, aunque no haya nada para decir, igual hay que decirlo... Y, sin embargo, con relación a la historia y al archivo, yo diría que ambos requieren, antes que cualquier otra cosa, el placer, la felicidad de hacer esa tarea. Y digo ambos porque puede haber archivo sin historia e historia sin archivo. Y esa felicidad que está en el comienzo, esa aproximación que es siempre en primer lugar de un individuo concreto a una tarea concreta no es reemplazada por ninguna otra justificación. Las justificaciones corresponden a los usos, la alegría a la experiencia insustituible. ¿Suficiente para dedicar a ella una vida? También aquí cada uno tendrá su respuesta.

## Fuentes y bibliografía

### Fuentes

- ÁLVAREZ, J. (1910). *Ensayo sobre la historia de Santa Fe*. Buenos Aires: Malena.
- BACON, F. (1901). *The Advancement of Learning*. Nueva York: P.F. Collier and Son.
- BLOCH, M. y FEBVRE, L. (2004). *Correspondance*, II. París: Fayard.
- CROCE, B. (1987). *Taccuini di Lavoro (1927-1936)*. Nápoles: Arte Tipografica.
- CHARTIER, R. (2007). *La historia y la lectura del tiempo*. Barcelona: Gedisa.
- DERRIDA, J. (1996). *Mal d'archivo: un'impressione freudiana*. Nápoles: Filema (edición original en francés).
- DIDEROT, D. y LE ROND D'ALEMBERT, J. (eds.), *Encyclopédie, ou dictionnaire raisonné des sciences, des arts et des métiers, etc.*, tomo I, p. 619. Disponible en: <<https://gallica.bnf.fr/ark:/12148/bpt6k50533b/fi.image.texteImage>>.
- FARGE, A. (1991). *La atracción del archivo*. Valencia: Alfons El Magnánim.
- GINZBURG, C. (2016). «I benandanti cinquant'anni dopo», conferencia dictada en ocasión de recibir el Doctorado Honoris causa en la Universidad Nacional de San Martín, Buenos Aires, 22 de noviembre.
- MOMIGLIANO, A. (1950). «Ancient History and the Antiquarian». *Journal of the Warburg and Courtauld Institutes*, vol. 13, n.º 3-4, pp. 285-315. doi: 10.2307/750215
- (1992). *Le radiche classiche della storiografia moderna (Sather Classical Lectures)*. Florencia: Sansoni.
- OAKESHOTT, M. (2013). «Tres ensayos sobre la historia», en *Sobre la historia y otros ensayos*. Buenos Aires: Katz Editores.
- ODDONE, J. A. (2012). *Mirando atrás. Historia y memoria*. Montevideo: Tradinco.
- POULOT, P. (1997). *Musée, nation, patrimoine*. París: Gallimard.
- SARAMAGO, J. (1998). *Todos los nombres*. Buenos Aires: Alfaguara.
- ZANNI ROSIELLO, I. (1987). *Archivi e Memoria storica*. Bologna: Il Mulino.

### Referencias bibliográficas

- CHASTEL, A. (1986). «La notion de patrimoine», en NORA, P., *Les lieux de Mémoire*, vol. 2: La Nation. París: Gallimard.
- CROCE, B. (1996). «Antonio Labriola», en *Filosofia-Poesia-Storia*. Milán: Adelphi.
- DE FREDE, C. (1988). «Benedetto Croce e l'Archivio di Stato di Napoli», en *Per la storia del Mezzogiorno medievale e moderno. Studi in memoria di Jole Mazzoleni*. Roma: Ministero per i Beni Culturali e Ambientali, II.

23 Bacon, F. (1901). *The Advancement of Learning*. Nueva York: P.F. Collier and Son, p. 44.

FURLONG, G. S. J. (1968). *Torre Revello «A self-made man»*. Buenos Aires: Universidad del Salvador.

GRAFTON, A. (1998). *Los orígenes trágicos de la erudición*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.

HARTOG, F. (2005). *Évidence de l'histoire. Ce que voient les historiens*. París: EHESS.

POMIAN, K. (1999). *Sur l'histoire*. París: Gallimard.

SABOR, J. (1995). *Pedro de Angelis y los orígenes de la bibliografía argentina*. Buenos Aires: Solar.

SCHMITT, C. (1987). *El concepto de lo político*. Madrid: Alianza Editorial.

SWIDERSKI, G. (2015). *Las huellas de Mnemosyne. La construcción del patrimonio documental en la Argentina*. Buenos Aires: Biblos.